

“HAGAN LO QUE QUIERAN”: EN TORNO A LOS MANUSCRITOS DE *CUANDO YA NO IMPORTE*

DANIEL BALDERSTON

Universidad de Iowa

En el calendario o agenda comercial donde Onetti escribió la mayor parte de *Cuando ya no importe*, hay una anotación correspondiente al primero de julio que no se utilizó en la versión publicada en 1993 por Alfaguara, y que reza así:

Para el que no sabe es difícil contar una historia. Algo sucedido le dio o impuso el principio pero este comienzo sería débil si no lo alimentaran otras cosas que fueron juzgadas débiles cuando ocurrieron y de pronto, ahora, irrumpen desde pasados remotos para fortificar el hecho que creímos inicial o aislado y con poder suficiente como para bastarse y ser toda la historia por sí mismo.

Este pequeño prólogo tiene algo de excusa, y yo no deseo ser perdonado de nada. Y tampoco vengarme.

Lo que intento contar se inició, según creí, en la puerta de salida de una casa de citas que tenía muchas habitaciones y creo que era la más importante y visitada de la ciudad.

Es difícil a su vez contar lo que sucedió con esta breve y fuerte novela final, que escribía febrilmente tanto de noche como de día Onetti ya consciente del poco tiempo que le quedaba. Pero intentaré explicar la compleja relación que existe entre la versión publicada y los manuscritos, para luego reflexionar sobre las características de esta novela —y de la obra narrativa de Onetti en general— que posibilitan su existencia y sobrevivencia en estas circunstancias difíciles.

Supongo que no es secreto que el Onetti que luchaba con los originales de *Cuando ya no importe* estaba muy debilitado. El título que se le dio a la novela y las últimas páginas de su versión publicada ya expresan la conciencia de una muerte inminente, y el texto testimonia una lucha por resguardar algo más allá del tiempo limitado. En la anotación que aparece en la página 162 de la novela publicada (y en el calendario al que aludí antes en las hojas correspondientes al 26 y al 27 de noviembre), se dice:

Hoy recuerdo que durante el exilio en mi santa helena personal estos apuntes resbalaron y cayeron al suelo entreverándose. Los junté como pude y nunca traté de ordenarlos. Para hacerlo hubiera sido indispensable mirar fechas y sucesos: una tarea imposible para mí. Leer lo apuntado me resultaba no sólo desagradable sino también repugnante. Todo lo sucedido está muerto y enterrado en el transcurso irrefrenable de segundos, minutos, en las horas superpuestas sin remedio a las que eran dichosas o tristes. (162)

Según me ha contado Dolly Onetti, esto sucedió de verdad, y encontramos entre los papeles correspondientes a *Cuando ya no importe* varias docenas de hojas arrancadas a cuadernos, en un desorden total, algunas formando un aparente borrador de un texto que escribió a la hora del Premio Cervantes (pero que no se leyó allá), otras relacionadas con la novela, otras de difícil identificación. Los manuscritos de *Cuando ya no importe* consisten en dichas hojas, en el contenido parcial o total de seis cuadernos, y en un gran material escrito en tres calendarios, que a su vez corresponden a los años 1984, 1991 y 1992. Según el relato de Dolly, Onetti comenzó a escribir en los calendarios —en los casos de los dos últimos, gruesos volúmenes encuadernados— cuando el material manuscrito de hojas sueltas y cuadernos se cayó de la cama al suelo y se perdió para siempre una noción precisa del orden que se aspiraba darle. Y cuando Dolly, el hijo Jorge y la nuera le preguntaban a Onetti cómo ordenar los papeles, él les decía (y de allí saco mi título): “Hagan lo que quieran”. Los calendarios, por estar encuadernados, y por llevar el orden visible de las fechas, parecían asegurar la secuencia; sin embargo, por los hábitos de composición de Onetti, o por decisión de los responsables de aprovechar los manuscritos para la copia mecanografiada en computadora que sirvió de base a la edición de Alfaguara, dicho orden ha sido alterado de modo a veces brillante, a veces difícil de entender.

Quizás servirá de ejemplo un examen de la primera y de la última páginas de la novela publicada. La primera, que aparece también en la tapa de la edición de Alfaguara, es una anotación de un aparente diario correspondiente a un 6 de marzo, y comienza:

Hace una quincena o un mes que mi mujer de ahora eligió vivir en otro país. No hubo reproches ni quejas. Ella es dueña de su estómago y de su vagina. Cómo no comprenderla si ambos compartimos, casi exclusivamente, el hambre. (11)

En la tapa del libro, esta hoja aparece en una hoja de calendario correspondiente a un sábado 6 de marzo, y después de la palabra de “hambre” aparece el garabato que suele ser la firma o rúbrica de Onetti. Esta hoja no apareció entre los manuscritos —tal vez la utilizaron en el diseño de la tapa— pero lo que sí puedo afirmar a base de un estudio cuidadoso del material manuscrito es que la hoja del calendario que aparece en la tapa no corresponde a ninguno de los tres calendarios utilizados por Onetti en la composición de la novela: el diseñador de la tapa ha aprovechado una hoja de otro calendario cualquiera para hacer el collage que aparece en la tapa. Pero ya estaba siguiendo los pasos de los que prepararon la versión mecanografiada, porque en ningún momento corresponden las fechas del calendario utilizado a las fechas que aparecen en la novela publicada como las de las entradas del aparente diario. Por ejemplo, refiriéndome a algunas de las primeras secciones de la novela, la anotación del 27 de marzo (págs. 14-15) se escribió en las hojas del calendario principal correspondientes al 2, 3 y 4 de agosto; la del 28 de marzo, en las del 5 al 14 de agosto; la del 7 de abril, en las del 14 al 19 de agosto. La situación con las hojas correspondientes a los otros dos calendarios es la misma: parte de la anotación del 4 de junio se escribió en el calendario verde de 1984 en las páginas del 2 al 7 de enero; la anotación del 7 de octubre (págs. 189-96) se comenzó a escribir en el calendario principal (fechas 19 al 31 de diciembre) y se continuó en el calendario de 1992 (fechas 30 de diciembre de 1991 al 15 de enero del 92). Lo único que sobrevive de esta escritura en calendarios es la idea de fechar los comienzos de capítulo como si fueran diario. Si es diario, o han sido barajadas las entradas o corresponden a un mínimo de 9 años, ya que varias veces se llega de enero a diciembre para después recomenzar en enero. Curiosamente, en una de las hojas no utilizadas en la versión publicada, la del 3 de abril en el calendario principal, Onetti dice: “Hoy, miércoles 3 de abril, conservo la carpeta y pienso despedirme con el relato digno de ser anotado”. Es decir, el autor sí se fija en la estructura preexistente de los calendarios, y se refiere a ella en el manuscrito. (Otras veces, dice por ejemplo que un fragmento continúa en tal fecha, si se le ocurren ideas después de haber comenzado a escribir otra sección.) La estructura de diario permite que lo fragmentario de los apuntes se explique o se perdone, y que la obra vaya cobrando forma de modo paulatino y caótico; sin embargo, y me repito, esta estructura no está en el manuscrito en sí, como se puede verificar en las páginas que no fueron escritas en calendario.

Y ahora quisiera comentar el último capítulo de la novela publicada. Es una sección hermosa y memorable, una anotación fechada un 30 de octubre, que comienza: “Ahora, definitivamente, para siempre en Monte, persisto en redactar apuntes porque absurdamente siento que debo hacerlo

como cumpliendo un juramento sagrado que nunca hice pero que lo siento impuesto” (204). Continúa más abajo: “Escribí la palabra muerte deseando que no sea más que eso, una palabra dibujada con dedos temblorosos” (204). Y luego:

Sé muy bien que terminará rebelándose y que usará dolores de intensidad escalonada para obligarme a tenerlo en cuenta, justamente cuando ya no importe demasiado al mezclarse con hastío y resignación.

Otra vez, la palabra muerte sin que sea necesario escribirla. Hay en esta ciudad un cementerio marino más hermoso que el poema. Y hay o había o hubo allí, entre verdores y el agua, una tumba en cuya lápida se grabó el apellido de mi familia. Luego, en algún día repugnante del mes de agosto, lluvia, frío y viento, iré a ocuparlo con no sé qué vecinos. La losa no protege totalmente de la lluvia y, además, como ya fue escrito, lloverá siempre. (204-05)

Este final hermoso y patético cierra los escritos de uno de los novelistas más fuertes de este siglo, y sin embargo no parece haber sido escrito al final de proceso de composición, ni está señalado en los manuscritos de modo alguno como el final de la novela. Está escrito en las hojas del calendario principal correspondientes a las fechas del 28 al 31 de mayo, es decir que después de escribir estas hermosas frases Onetti siguió escribiendo en las hojas correspondientes a todo el resto de ese calendario y en la mitad del calendario siguiente, el de 1992. Tenemos que agradecerles a Dolly, a Jorge Onetti y a su mujer el haber rescatado estas últimas palabras más o menos apócrifas. De hecho, lo último que parece haber escrito en el calendario siguiente, el de 1992, que se conserva en la versión publicada es la parte de la carta escrita en Haití que dice: “Supe del suicidio” (201), y después de eso vienen docenas de páginas no utilizadas para la versión que publicó Alfaguara. Sin duda el final escogido entre muchos posibles, con la hermosa alusión literaria a la novela *Lloverá siempre* de Denis Molina, cierra el libro —y la producción literaria de Onetti— de modo conmovedor.

Pero aquí llego, como Borges en “El Aleph”, al momento imposible de mi relato, “al inefable centro de mi relato; empieza, aquí, mi desesperación” de crítico. El caos del manuscrito, recordemos, consiste en unas 45 hojas sueltas, seis cuadernos y tres calendarios, y es difícil restablecer el orden en que se utilizaron estos distintos bloques. Lo que sí se puede afirmar, sin mucho lugar a dudas, es que lo escrito en lo que he denominado el “calendario principal” y el siguiente, el “otro calendario” de 1992, es posterior a la mayor parte de lo escrito en hojas sueltas y cuadernos, y probablemente posterior también a lo escrito en el calendario verde de 1984. En este material no hay prácticamente ningún indicio del orden en que deberían ir los distintos fragmentos, y los responsables de la copia mecanografiada han ordenado el material de modo tal vez inesperado, y es difícil de saber, ahora después de la muerte de Juan Carlos y de Jorge Onetti, cómo procedieron. La sección correspondiente al 4 de junio, por ejemplo, páginas 34 a 59 de la edición de Alfaguara, se deriva del calendario principal y de cuatro cuadernos diferentes;

es el capítulo más largo del libro, pero supieron aprovechar materiales escritos, seguramente, en momentos muy diferentes. Si fuera otro escritor que Onetti, sería difícil de imaginar que el desordenar manuscritos pudiera revelar un orden secreto, pero aquí de algún modo —casi mágico, a mi parecer— del desorden se rescata un orden nuevo e interesante, como se verifica en el final que se impuso a la novela.

Veamos el problema desde otro ángulo: el del orden en cada unidad del manuscrito. Lo que he denominado el “cuaderno flor”, por ejemplo (por el diseño que aparece en la tapa) se aprovecha del siguiente modo: las hojas 2 a 6 son las páginas 14 y 15 de la novela publicada, las hojas 7 a 21 son las páginas 36 a 39, las hojas 22 y 23 son las páginas 40 y 41, las hojas 24 a 34 son las páginas 95 a 98, las hojas 55 a 61 son las páginas 77 a 82, las hojas 55 a 61 son otra cosa completamente, el borrador de un artículo sobre Ricardo Baeza, y las últimas hojas son las páginas 75 y 76. Es decir, el material no se aprovechó en el orden en que fue escrito. Recordemos que Onetti supo darles a sus obras una coherencia inusitada, incluyendo en *La vida breve* en el 50 un capítulo que apenas se podría entender luego de la publicación de *Juntacadáveres* en 1964 (porque apenas entonces se podía verificar que Brausen, el narrador de la novela del 50, no supo reconocer a su creación, el doctor Díaz Grey). Pero aún así, es difícil entender las decisiones de cómo aprovechar el material de los cuadernos y de los calendarios. Fijémonos, por ejemplo, en las páginas correspondientes a mediados de agosto en el calendario principal. Las hojas del 14 al 19 de agosto pasan a ser las páginas 19 y 20 de la versión de Alfaguara, y las del 19 y 20 de agosto que las siguen pasan a ser la página siguiente, la 21. ¿Por qué se saltó después, para las hojas del 21 y del 22 de agosto, a la página 167? ¿Y por qué se retrocedió luego, en lo correspondiente a las hojas del 23 al 28 de agosto, a las páginas 135 y 136? Difícil de saberlo, y, a la luz de mi lectura de los manuscritos, a veces difícil de justificarlo, ya que hay secuencias que son más coherentes en los manuscritos que en el libro publicado. Si la novela sobrevive esas decisiones, es que hubo algo en su estructura profunda que permitió —que tal vez garantizó— su sobrevivencia.

Cuando ya no importe, recordémoslo otra vez, es un texto retrospectivo, en que fragmentos de experiencias vividas mucho antes, y en otro país, se cuentan desde el exilio, la vejez y la enfermedad. En la página 162, la que narra la caída de los papeles al suelo, se dice lo siguiente:

Miro la montañita de los apuntes y sé que no tienen destino. En la vida de todo hombre normal y maduro hay siempre una mujer lejana. Por la geografía o los días. Nunca volveré a ver a mi lejana. Si vive, pisa un punto de la tierra ignorada por mí. Y si llegara a producirse el milagro, ya marchito, del reencuentro, tampoco te ofrecería mis apuntes como lectura. Tal vez, *Lejana*, te mostrara el montón de hojas como una avergonzada y lastimosa prueba de que yo estuve viviendo en tu ausencia. (162)

Estar viviendo en tu ausencia: el relato de esa vivencia es necesariamente retrospectivo y fragmentado, más parecido a la historia de

Tántalo que a la de Proust. Pone como epígrafe a la novela el siguiente texto de Borges (¿apócrifo? porque hay otro apócrifo de Borges en estos manuscritos, y uno de los calendarios lleva el nombre completo de nuestro autor, Juan Carlos Onetti Borges):

Mientras escribo me siento justificado; pienso: estoy cumpliendo con mi destino de escritor, más allá de lo que mi escritura pueda valer. Y si me dijeran que todo lo que yo escribo será olvidado, no creo que recibiría esa noticia con alegría, con satisfacción pero seguiría escribiendo, ¿para quién?, para nadie, para mí mismo. (9)

La fuerza de *Cuando ya no importe* parecería residir, por lo menos en parte, en la idea de que la búsqueda del tiempo perdido se sabe de antemano que será frustrada, que se la juzgue a la vez inútil y muy necesaria. Si la novela contiene referencias a Sartre y al *Mito de Sísifo* de Camus, será porque el “seguir escribiendo” es una necesidad vital que no tiene justificación ni divina ni social, sino que reside adentro como una condición de ser del escritor. Escribir, porque uno no puede no hacerlo, como quería Rilke.

Dolly cuenta que Onetti decía hacia el final que a veces se veía rodeado, vigilado en la cama por un círculo de sus personajes. Hay muchos mensajes de los personajes en los manuscritos que no se pudieron incorporar; uno, muy hermoso, del “cuaderno flor”, dice simplemente: “Un fuerte abrazo de tu muy amigo, Larsen”. *Cuando ya no importe* es testimonio de la inmensa fidelidad de Onetti a sus seres queridos. Hay una dedicatoria hermosa y secreta que Dolly, siempre discreta y modesta, suprimió, y que se reemplazó con la que conocemos a Carmen Balcells; sin duda esta novela expresa el inmenso amor que Onetti sintió por ella, desde los lejanos momentos en que apareció fugazmente como la joven violinista de *La vida breve*. Los seres queridos: Díaz Grey y Larsen y tantos más, y también y siempre Dolly.